



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTIFICA

(CONTINUACION DEL ECO DE LA VETERINARIA.)

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y ÚLTIMO DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Lo mismo en Madrid que en provincias: 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En ultramar, 80 rs. al año. En el extranjero, 18 francos, tambien por un año. Solo se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos, abonando siempre en la proporcion siguiente: 7 sellos por cada 4 rs.; 13 sellos por cada 6 rs.; 22 sellos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Redaccion, calle de la Pasion, números 1 y tercero derechos.

En provincias: por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranzas sobre Correos ó el número de sellos correspondientes.

ZOOTECNIA.

Del Semental. Por Eugenio Gayot.

(Continuación.)

Las palabras *monopolio* y *comercio* han sido frecuentemente pronunciadas á fin de conquistar inteligencias superficiales; y efectivamente, así llegaron los libre-cambistas á exajerar la opinion, pero no han logrado pervertirla. Mejor ilustrado hoy, el criterio público ha dejado de ver un motivo de desaliento y de ruina donde no habia más que proteccion forzosa, subvencion útil y necesidad apremiante. La administracion de las paradas, por lo menos en Francia, no ha puesto nunca obstáculos al desarrollo de la industria particular, ni tampoco ha empleado jamás el lenguaje de los economistas.—Veamos sinó la situacion respectiva en que se encuentran aquella y estos.

Con relacion á las paradas, la industria particular se ofrece á nuestro examen bajo tres fases muy diversas:

1.º Ningun vinculo de union existe, y por lo mismo queda casi completamente fuera de la cuestion, toda esa gran industria privada que se consagra á producir caballos corpulentos, ó razas enteramente inferiores, es decir, las nueve décimas partes de la produccion indigena. Pero ocurre preguntar ahora: ¿Las comarcas en donde esto sucede, las comarcas en donde las paradas no ejercen la menor influencia, han

realizado algun progreso en el ramo de cria caballar?—Apenas si se encuentra en ellas uno que otro semental elegido para su propio uso; la reproduccion se efectúa, generalmente, sin sementales, y valiéndose al efecto del primer caballo entero que se presenta. Hé aquí el régimen de *emancipacion*, como dicen los economistas, en toda su fuerza y en ocasion de aducir sus pruebas de capacidad y suficiencia: á la vista y en presencia de todo el mundo, este bendito régimen tan pronto da de sí caballos voluminosos, de gran masa, como miserables rocines, nunca razas formales y selectas.

2.º Las regiones que producen el caballo de guerra tienen sus límites idénticos á las en que funcionan los sementales del Estado. Actúan principalmente bajo el impulso y proteccion de las paradas. Se hallan en la necesidad de ser protegidas indefinidamente; y desde el momento en que dejan de serlo, abandonan la produccion del caballo de guerra para dedicarse á otra industria, para entrar en otra especulacion más segura y provechosa. Así es que, lejos de quejarse por la intervencion de las paradas, estas comarcas piden dos veces más sementales que los que el Estado puede proporcionarles.

3.º En fin, el *hipódromo*, que desgraciadamente ha venido á monopolizar en sus manos la produccion del caballo de pura sangre, tan esencial á toda mejora, el *hipódromo*, un punto imperceptible en la masa, es la única industria que ha visto un obstáculo á sus progresos en la

intervencion directa del Estado. Tanto lo ha dicho y repetido, tanto ha declamado contra esa intervencion, que, por no oírle, se le han ido haciendo una á una las principales concesiones que pedia. Su fin era conocido: trabajaba para debilitar y reducir la accion administrativa sustituyéndola con su accion propia en provecho suyo.... La revolucion se ha efectuado en gran parte con detrimento de la industria general. Mas no se tardará mucho en conocer los peligros que oculta la nueva senda; que ya el país pide justicia contra esa Asociacion de ginetes de hipódromo (1), contra el *Jockey-club*, á quien el Estado ha tenido la debilidad de sacrificar sus más hermosas paradas; contra el *Jockey-club* que ha tenido el talento de perfeccionar, á su manera, la carrera al galope en el terreno llano de un hipódromo, pero que, en el afán de alcanzar este resultado brillante, ha impulsado hácia su deterioro, y por un camino muy rápido, las más sólidas cualidades del caballo de pura sangre.

Ciertamente, el semental de pura sangre está llamado á desempeñar un gran papel en el mejoramiento de las razas francesas; pero bajo el punto de vista de la utilidad pecuniaria, el caballo es entre nosotros un problema insoluble (2). La indiferencia en materia de monta está demasiado arraigada para que un especulador se aventure á pagar por un semental de esos más de la cuarta parte de su valor intrínseco. El semental de pura sangre no puede hacerse lugar en Francia sinó bajo el punto de vista del interés público, es decir, que para emplearle es preciso resolverse á pagar por él cuatro, seis y aun diez veces más de lo que puede producir. Ahora bien, ¿quién se encargará de esta mision gloriosa? El *Jockey-Club*, bien querría que fuese alguien; pero él no se aventura por sí mismo, calcula muy bien, para arriesgarse á semejante eventualidad, y su imitacion de sistema no le lleva tan lejos. Los Lores ingleses gastan liberalmente sus millones en sus yegüadas, y el país entero saca partido de estos patrióticos dispendios; pero en Francia, el que se dedica á las especulaciones del hipódromo, lo que hace es mendigar incesantemente subvenciones del Es-

tado, por todos los medios que su imaginacion le sugiere, ya para comprar avena, para entretenimiento de sus caballerizas, para sostener en el hipódromo su puesto de honor.... ! Tiene razon en hacerse pagar, puesto que no puede jugar gratis; pero no en quererlo todo para sí é impedir que se conceda tambien algo á la verdadera industria, tan notablemente perjudicada, empujada por él.

Nadie más que el Estado tiene interés en dar diez mil francos por un semental, para luego cobrar por un salto diez francos, ó menos. Y en revancha, ¿no será justo que el Estado goce de libertad completa para comprar ó producir sus sementales de la manera que crea más ventajosa para el país?

Descartemos, pues, toda idea de rivalidad, porque no existe entre las paradas del gobierno y la industria particular. No hay rivalidad en los países que no son á propósito para dar buenos caballos, puesto que las paradas no penetran allí; ni tampoco en las localidades que producen el caballo de guerra. Es muy frecuente ver que en estos últimos las paradas funcionan por sí solas, con independencia de la industria particular, y si alguna vez encuentran buenos sementales, los apoyan como auxiliares útiles, lejos de rechazarlos como competidores. Si hay rivalidad, es solamente en dos puntos:

1.º En las provincias favorables á la cria de razas voluminosas, donde los cultivadores no aceptan otros sementales que los corpulentos, de una masa enorme, y rechazan los sementales de sangre ofrecidos por el Estado con objeto de producir caballos á propósito para la caballeria pesada y de línea. Hay rivalidad en este punto, porque el caballo de tiro, que se obtiene bueno con más facilidad, que se cria con muchos menos gastos, y que siempre encuentra salida, es para el cultivador más ventajoso que el producto cruzado, que el bastardo de raza superior. El Estado se escusa alegando la necesidad que tiene de este género de productos. Y ciertamente, si esta necesidad no existiese habria lugar á censurarle, por el hecho de separar á los productores de su via más lucrativa. Pero el Estado debe proporcionar al país la seguridad, y esta razon suprema le obliga á reunir todos los elementos necesarios para conseguirla. Además, á nadie se coarta; y ningun pecado se comete, en una produccion que es esencialmente útil á todos, dejando la puerta abierta para que la emprendan los que no encuentran grandes desventajas personales en dedicarse á ella.

2.º El *Jockey-club* ha pretextado ver una rivalidad que desalienta en la accion del Estado; y es que le iba bien con sus amaños. Produciendo

(1) Esta asociacion (el *Jockey-club*) no existe en España; pero da lo mismo: tenemos una monomania oficial, una aristocracia ignorante y un público insensato, que, sin duda esperan obtener grandes resultados de los premios concedidos á los criadores de esos caballos únicamente aptos para correr en un hipódromo.—L. F. G.

(2) Fácilmente se concibe que el valor de estas consideraciones subirá de punto en España, si intentáramos recurrir á la pura sangre inglesa.—L. F. G.

do el Estado sementales muy superiores á los que los particulares le ofrecían como sobresalientes en las carreras, el Jockey-club no des cansó hasta conseguir la ruina de las paradas, con el santo fin de constituirse él en proveedor único de la Administración. Pero se ha engañado miserablemente, porque el mal que ha hecho á la cría caballar, agotando el origen más precioso de la reproducción de pura sangre en Francia, se vuelve ya en contra suya. No teniendo que temer las ventas á vil precio, puesto que él mismo compra, para endosárselos al Estado, sementales inferiores que le era imposible venderle cuando no administraba las paradas públicas, ha exagerado el *sistema de las pruebas*, ha fatigado inconsideradamente á sus productos, que en la actualidad corren desde la edad de dos años; y hé aquí que los criadores rechazan por todas partes, y de la manera más absoluta, los sementales de tan precoz cosecha, colocados, no obstante y gracias á la sagacidad del Jockey-club, en los establecimientos del Gobierno. Han ido tan lejos los abusos, que en 1858 no encontró la Administración un solo caballo de pura sangre que mereciera ser comprado en todo el radio de París! Este es, seguramente, un hecho muy significativo. Dice mucho en favor de la necesidad que hay de que la producción directa por el Estado obligue á los criadores de caballos de hipódromo á cultivar más racionalmente sus productos, y á que, sin dejar de someter estos productos á pruebas rigurosas, no se los haga entrar prematuramente en luchas de especulación y juego, asuntos con los cuales nada tiene que ver la mejora de las razas, sino que, por el contrario, son antagonistas suyos. Tratando de hacerse industrial, el *Criador de hipódromo* ha cometido un grave error, ha *caminado á su capricho*; pero antes de mucho tiempo sufrirá el castigo de sus faltas. No ha estado en su centro? No ha permanecido en su papel de *artista*, puesto que no puede ser otra cosa?... Lo que produce no tiene valor corriente en el mercado. Ha creado algunas veces, excepcionalmente y muy de tarde en tarde, valores de gran estimación, pero que en definitiva son valores como los de los cuadros que se presentan en nuestras exposiciones públicas. Las primeras muestras, las más escogidas, las paga el Estado generalmente y las deposita en los museos; los demás productos, sacados á la venta, á penas logran tener un precio de almoneda. Se puede aceptar, pues al *criador de hipódromo* á título de artista, pagarle largamente sus obras cuando son buenas; pero contar con su industria para abastecer á la gran industria nacional,

eso sería ya más que aberración, porque verdaderamente pelagra el país apoyándose en lo que no ofrece ninguna solidez.

(Continuará.)

PROFESIONAL.

La pesadilla eterna.

Para consolarnos de la desatención en que siempre tuvieron los gobiernos á la clase veterinaria, figurábasenos ver en lontananza el reinado de una nueva era de libertad que, rompiendo en mil pedazos las cadenas del proteccionismo, permitiera á todas las clases sociales aparecer ante el público tales como son y pueden ser, sin más galas ni atavíos que los resultados prácticos de su aplicación respectiva; medio infalible, y también único, de que las masas se ilustren y de que lo que sea verdaderamente útil obtenga la recompensa de su mérito.—Vana esperanza! Nuestras ilusiones se han desvanecido casi por completo! Volvemos á encontrarnos en pleno dominio del sistema proteccionista; y, por consiguiente, sometidos otra vez al inveterado desrecio con que fuimos mirados siempre en la esfera oficial.—Y cuántas y cuán tristes son las consideraciones que nos asaltan al parar mientes en las injusticias y en las desastrosas consecuencias que necesariamente trae consigo el régimen proteccionista! Hay, por ejemplo, una orden (vigente) dada por el actual Sr. Ministro de la Gobernación, en la cual se hizo saber á las clases médicas que la acción gubernativa nada tenía que ver con el interés particular de sus profesores, y que si los municipios faltaban á sus compromisos en el pago de dotación, etc. etc., ahí están los tribunales ordinarios para reclamar. Mas, enfrente de esa orden (que sería justa si alcanzara á todos los ciudadanos), aparece un decreto refrendado, ha pocos días, por el Sr. Ministro de Fomento; y en este decreto (que también sería justo si no constierya una excepción) el Gobierno toma por su cuenta el pago de las cantidades que adeudan los Ayuntamientos á los maestros de escuela!... Está bien! Pero he aquí una muestra de los frutos que arroja el manoseado árbol del proteccionismo económico-político: se protege ó se desatiende, según las con-

vicciones ó la voluntad del que gobierna. Dos clases sociales, á cual más digna, á cual más benemérita, han venido prestando sus servicios á los municipios bajo la garantía de formal contrato; una y otra miran lastimados sus intereses, porque los Ayuntamientos no han pagado lo que debían; y estas dificultades las salva el régimen proteccionista de la manera que acabamos de ver —Esto, por un lado; que si nos fuera lícito establecer comparaciones entre las clases y personas más favorecidas y más escarnecidas por la proteccion oficial, tendríamos que taparnos la cara de vergüenza al reconocer que semejante orden de cosas existe, y no puede menos de existir, en las naciones casi totalmente pobladas de miserables habiecas.

Ahora bien. En la suposición (que es un hecho) de que necesitamos acogernos á la consideración de las autoridades locales y de la autoridad suprema, para que se dignen respetar esos escásimos y siempre conculcados fueros que el privilegio de nuestro título nos otorga; evidente parece que, si nosotros mismos conspiramos contra ese, aunque ruinoso, sagrado templo de nuestros derechos profesionales, lo único que lograremos será hacer que recaiga sobre la clase veterinaria el oprobio de nuestro común descrédito, y la más absoluta indiferencia por parte del Gobierno y de sus delegados. Esto es innegable. Pero sucede, desgraciadamente, que en el fondo de nuestra colectividad social á penas si se notan señales de vida como no sea para poner de manifiesto la gangrena de la inmoralidad que nos devora. Asechanzas de todo género, envidias, rivalidades, concurrencia degradada, acusaciones traidoras... á esto se reduce en la actualidad el movimiento, la vida ostensible de nuestro personal científico; y si á publicar fuéramos todas las flaquezas y debilidades que se nos denuncian, las columnas del periódico estarían constantemente llenas de hiel y de veneno. —Juzgais, comprofesores, que por tan menguada senda ha de poder llegarse á nada bueno? Mal haríais en creerlo.. Y no lo creéis! — Pero la escasez, se replicará, es madre de todos los vicios; y la superabundancia de veterinarios y albéltares en España es tan considerable, que ningún profesor decente gana ya para comer; de aquí que á una baja sea hay que oponer otra baja sea, so pena de morir de hambre, etc., etc. — Sin embargo,

aun cuando en principio se estime valedero el argumento, preciso es reflexionar que el último término de esa serie de bajas está representado por las palabras *prostitucion* y *ruina definitiva*. Y ya que hemos sido bastante torpes para retroceder ante la idea salvadora del ejercicio libre de las profesiones; no seamos tan insensatos que, una vez sumidos en las cárceles del privilegio, vayamos nosotros mismos pisoteando, destrozando este privilegio, á fuerza de tendernos lazos recíprocamente, de rebajar nuestra dignidad ante las autoridades y ante el público, y concluyendo al fin por tener que trabajar de balde. Habienlo renegado del ejercicio libre; si destruimos las tan menmadas garantías de nuestro privilegio, ¿qué nos queda? Será posible que prescindamos del honor profesional, y que hasta carezcamos de instinto de conservación, para seguir así destrozándonos?... Mengua y baldon sería!

L. F. G.

HUMANITARISMO FERVOROSO.

El veterinario de 1.ª clase D. Juan Monasterio y Corroza, subdelegado é Inspector de carnes de Pamplona, es harto conocido en nuestra profesión por su incansable celo y por el esmerado cumplimiento de sus obligaciones; como lo prueban una multitud de trabajos publicados en LA VETERINARIA ESPAÑOLA, que así lo proclaman; y de lo cual sería también un testimonio elocuente el hecho, no divulgado, de haber sido propuesto, en cierta ocasión, á la *Academia central española de Veterinaria* para un nombramiento honorífico en recompensa de sus excelentes servicios. Mas, sin duda; no basta reunir tales antecedentes y méritos; puesto que, según aparece del expediente que vamos á dar á luz, otros profesores residentes en aquella localidad se han creído obligados, *por amor al prójimo*, á gestionar coaligados en contra del señor Monasterio. Esto es, no diremos que curioso, sino digno de que lo sepa todo el mundo; porque, andando el tiempo, podrá ser imitada y generalizarse esta rara virtud de *humanitarismo fervoroso* que resplandece en las exposiciones de los señores coaligados, y entonces, si la sociedad española se humaniza fervorosamente, la gloria de la iniciativa pertenecerá (si no hay mejor derecho) á la clase veterinaria.

Pero dejemos hablar al expediente, que, en extracto, es como sigue:

Primera exposicion de los delatores.

«M. I. Sr.: Los que suscriben, profesores de Veterinaria con residencia en esta capital, á V. S. tienen la alta honra de exponer: Que siendo de consecuencias trascendentales los abusos que sin interrupcion se suceden con motivo de la entrada y muerte de las reses de cerda en este matadero, los firmantes acuden con confianza á V. S. para que interponiendo su autoridad corrija un mal que pudiera algunas veces alterar la salud pública, perjudicando siempre intereses de particulares. El Inspector de ganado de cerda tiene la ineludible obligacion de no permitir la entrada en el matadero de cerda de ninguna res sin que previamente sea reconocida, y esta obligacion señalada en el artículo 3.º del reglamento vigente, rara vez ó nunca es cumplida, aconteciendo frecuentemente que, presentada una res y sacrificada, es forzoso desecharla esa carne por haber padecido alguna enfermedad con visibles señales exteriores, y que si en vivo fuera reconocida no se hubiera sacrificado, en atencion á la enfermedad que padeciera. A V. S. no se oculta que á esos casos que se suceden siguen consecuencias lamentables que es necesario precaver. No se tienen en verdad los que suscriben como delatores; pero el cumplimiento de un deber que creen inherente á su profesion de veterinarios les obliga á manifestar el cumplimiento del reglamento vigente de mataderos.

El actual Inspector no hace caso alguno del reconocimiento en vivo, como debiera hacer segun se previene en el artículo citado, pero todavia hace menos de lo que dispone sobre el reconocimiento de los hígados, pulmones y demás vísceras interiores sin perjudicar en lo más mínimo ni al abastecedor ni al cortante, contentándose únicamente con encomendar dicho reconocimiento á una persona que carece de título suficiente y más todavia de conocimientos.

No necesitamos exponer los perjuicios que de ello pueden surgir, y solamente indicaremos que al subdelegado incumbe la vigilancia al efecto de evitar las intrusiones, que intrusiones y grande encomendar á una persona desprovista de toda clase de títulos el reconocimiento de los órganos interiores de una res.

Ya antes fué apercibido por la autoridad superior de la provincia, motivo de una causa análoga permitiendo la intrusion de una persona poco idónea para el ejercicio de la profesion referida con antelacion; cosa que como subdelegado de Veterinaria no le era permitido hacer, antes bien y á virtud de las obligaciones que le incumben, debiera prohibir. En vista de lo cual

A V. S. suplicamos se sirva ordenar que el actual inspector del matadero de cerdos, por sí ó por medio de persona idónea, reconozca los órganos interiores de las reses, así como también todas las cabezas que en el matadero se presenten, segun lo dispuesto en los artículos 10.º y 3.º del susodicho reglamento; todo lo cual los esponentes no dudan obtener del acreditado celo de V. S.—Pamplona, doce de Noviembre de mil ochocientos setenta.

M. I. S.—Simon Ruiz.—Andrés Agustino.—Pedro Ecay.—Antonino Ruiz.—M. I. S. Gobernador civil de la provincia.»

En vista de esta solicitud, promovida indudablemente por el más acendrado amor hacia el bien público, el Sr. Gobernador no podia dispensarse de formar el oportuno expediente; y al efecto pidió informe á la corporacion municipal de Pamplona, con fecha de 14 del mismo mes y año.—Hé aquí ahora el

Informe del Ayuntamiento.

«M. I. S.—La comision de carnicerías, evacuando el informe que V. S. se ha servido encomendarle con motivo de la instancia presentada en queja al Gobernador contra los inspectores de carnes de esta capital, apoyándose en los artículos tercero y diez del reglamento vigente de 25 de Febrero de 1859 sobre mataderos, opina que carece de fundamento por los motivos siguientes:—1.º Porque el artículo tercero se cumple por estos funcionarios, tal y como se halla prescrito, reconociendo las reses en la plaza del mercado y en las cochiqueras antes del degüello, como tambien despues de muertas las reses, presentándose estos facultativos todos los dias y á las horas en que se encuentran sacrificando y arreglando las reses.—2.º Que en prueba de esta verdad, no ha habido queja alguna ni apercibimiento al inspector por que haya faltado á su deber, ni se haya vendido ni espendido parte alguna de las reses que se hayan encontrado en mal estado al consumo público.—3.º Que el artículo diez á que hacen referencia los quejantes sobre el reconocimiento de los pulmones y demás órganos internos de las reses, se cumple, ya con la asistencia de los inspectores, ya tambien, cuando por el momento faltan estos funcionarios, por el empleado que tiene el Ayuntamiento en cada matadero, el cual ejerce el cargo de revisor, segun se halla ordenado en el artículo nueve del ya citado reglamento, y que á la letra dice así:

«El inspector dispondrá se haga la limpia de higados, pulmones y demás partes de las reses, pero las demás operaciones como la estracion de los testículos de los castrados, vulgo turmas, cerillas, tetas y madrigueras, pertenece al matador el hacerlas.»

De esto se infiere que los individuos encargados para hacer estas operaciones no es preciso que tengan título, puesto que estos se hallan en la obligación de avisar al inspector, siempre que notasen algún indicio de alteracion en los residuos de las reses. Así es que solo el inspector es la persona facultativa para este desempeño, adornado del título correspondiente.—4.º El artículo veinticuatro dice: «El inspector ó revisor que faltare al cumplimiento de su obligación ó que cometiere algún amaño ó fraude con los tratantes, por la primera vez será reprendido, y por la segunda será suspendido, ó privado del empleo según la gravedad de la falta».—5.º El artículo veintiseis dice: «Quedan responsables de la exacta observancia y cumplimiento de este reglamento en la parte que á cada uno atañe el inspector, el revisor, el encargado de la limpieza y demás que intervengan en el matadero.»—6.º De estos últimos artículos se infiere que debe haber un revisor al menos, además del inspector, y que este revisor no debe tener título profesional para efectuar la simple separacion de las partes alteradas, por que si esto fuera necesario lo diria el reglamento.—7.º de las mismas disposiciones inscritas en el reglamento sobredicho, procede sin duda alguna que las municipalidades tengan reglamentos y ordenanzas interiores de los mataderos; y tanto es así que el que existe en el de cerda de esta ciudad, dispone en su artículo 6.º que será de la obligación del celador revisar las piezas pertenecientes al vientre, graduando las pérdidas que tenga, como hace tiempo se lleva en práctica. En el artículo nueve dice: «Que se avisara al veedor (hoy inspector) para que este determine su inutilización, caso que así proceda, como también se demarca en el artículo diez de las mismas ordenanzas.»—Por lo dicho es de parecer la comision que no procede la queja de que se ha hecho merito, y que así debe informarse al señor Gobernador.

Pamplona 22 de Noviembre de 1870: Hernandez.—Moreno.—Sancinena.—Oroz.—Así lo acordó el ayuntamiento conforme con la comision en esta ciudad en sesion el dia 23 de Noviembre de 1870:—de que certifico: Pablo Ilarregui,—Secretario.—Es copia.»

Decreto del Sr. Gobernador.

»Número 1720.—Gobierno de la provincia de Navarra.—Sanidad.—Negociado 3.º.—Vista la queja producida por los profesores de Veterinaria residentes en esta capital D. Simon Ruiz, D. Andrés Agustino, D. Pedro Ecay y D. Antonio Ruiz, en la que, entre otros extremos se manifiesta haber permitido intrusion de persona no idónea para el reconocimiento de las reses de cerda que se sacrifican en el matadero y otros particulares referentes al mismo asunto.—Visto el informe del M. I. Ayuntamiento de esta capital, fundado en los art. 3.º, 6.º, 9.º, 10 y 24 del reglamento de mataderos.—Considerando que según el dictamen del municipio no se han contravenido las disposiciones que rigen en este asunto.—Considerando que no existen datos que justifiquen queja ante la municipalidad ni apercibimiento al inspector de carnes.—Considerando que ese ayuntamiento se halla en el deber de impedir que se falte á la observancia de las leyes sanitarias y que la confacion que merece y sus actos prueban el interés y celo que despliega por el exacto cumplimiento de los deberes á que están tenidos como representantes del pueblo.—Considerando que el celo que despliega dicha corporacion, no la permitirá ver con indiferencia cualquier acto que tienda á perjudicar la salud pública, corrigiendo severamente á los dependientes que falten á las obligaciones que son inherentes á los cargos que desempeñan: Este gobierno desestima la queja producida por dichos señores, y en su virtud espera del municipio y encarga al mismo, haga saber al subdelegado de veterinaria ó inspector de carnes, que no se consentirá el desempeño de cargos de esa especie mas que á los sujetos habilitados con título, y que cualquier infraccion de las leyes penales será llevada á los tribunales de justicia.—Dios guarde á V. S. muchos años Pamplona 26 de Noviembre de 1870.—Serafin Larrainzar. Señor Alcalde popular de esta capital.—Enterado y hágase saber á los inspectores de carnes.—Así lo acordó el ayuntamiento de esta ciudad en sesion del dia 30 de Noviembre de 1870; de que certifico.

PABLO ILARREGUI, SECRETARIO: *Es copia.*

(Concluirá.)

MADRID.—1871.

Imp. de Lázaro Maroto, Cabestreros, 26.

ESTADISTICA ESCOLAR

ESCUELA ESPECIAL DE VETERINARIA DE MADRID.

CURSO DE 1869 A 1870.

ESTADO de los exámenes ordinarios y extraordinarios celebrados en dicha Escuela.

NOMBRES.	Fisiología general.	Fisiología especial.	Higiene general.	Higiene especial.
SEGUNDO AÑO.				
Enseñanza Oficial.				
<i>(Continuacion.)</i>				
D. Francisco Camacho y Moya.	A.	A.	A.	A.
Faustino Torres y Palomino.	No se p. á examen.			
Felipe Costa y Galiana.	A.	A.	A.	A.
Fabian Cruces y Cámara.	A.	A.	A.	A.
Francisco Cabiades del Toyo.	No se p. á examen.			
Félix Bermejo y Castaño.	A.	A.	A.	A.
Fausto Flores y Nieto.	S.	S.	S.	S.
Gregorio Borrego y Gimenez.	A.	A.	A.	A.
Gervasio Hernandez y Arcenilla.	A.	A.	A.	A.
German Berrocal y Orozco.	S.	S.	A.	A.
Guillermo Martinez y Ciagel.	A.	A.	A.	A.
Gregorio Moraleda y Palomares.	No se p. á examen.			
Hermenegildo Rivera y Sanchez.	No se p. á examen.			
Hipólito Paniagua y Lopez.	A.	A.	A.	A.
Juan Caudet y Perez.	A.	A.	A.	A.
Joaquin Arinero y Cano.	A.	A.	A.	A.
Joaquin Sanchez y Torrejon.	No se p. á examen.			
José Mercader y Ros.	A.	A.	A.	A.
José Gumersindo Mulero y Virel.	A.	A.	A.	A.
José Cordero y Franco.	A.	A.	A.	A.
Jaime Soler y Coffi.	A.	A.	A.	A.
Juan Manuel Maza y Muñoz.	A.	A.	A.	A.
Justo Martin de la Sobera.	A.	A.	A.	A.
José Bedoya y Ruiz.	A.	A.	A.	A.
Juan Rodriguez y Llorente.	S.	S.	S.	S.
Jorge Berricano y Urquiza.	A.	A.	A.	A.
José Garriles y Diaz.	A.	A.	A.	A.
Juan Francisco Herranz y Jimenez.	S.	S.	A.	A.
Juan Bautista Asolo y Urrutia.	No se p. á examen.			
José Lopez y Lopez.	A.	A.	A.	A.
Lorenzo Sanchez y Vizmanos.	A.	A.	A.	A.
Leon Sanchez y Alonso.	S.	S.	S.	S.
Lorenzo Eisman y Sep.	A.	A.	A.	A.
Lorenzo Valoquia y Martin.	A.	A.	A.	A.
Leandro Rodriguez y Navarro.	A.	A.	A.	A.
NOMBRES.	Fisiología general.	Fisiología especial.	Higiene general.	Higiene especial.
D. Luis Mingo y Martinez.	No se p. á examen.			
Lorenzo Parro y Bodas.	A.	A.	A.	A.
Manuel Benitez y Rios.	A.	A.	A.	A.
Millan Moreno y Canales.	A.	A.	A.	A.
Maximino Viveros y Paris.	No se p. á examen.			
Matias Sainz y Maldonado.	A.	A.	A.	A.
Manuel Caja y Villa.	A.	A.	A.	A.
Martin Allende y Arribas.	A.	A.	A.	A.
Mariano San José y Berenguer.	S.	S.	S.	S.
Mariano Monteagudo Gimeno.	A.	A.	A.	A.
Marcelino Isasi y Velez.	S.	S.	S.	S.
Manuel Malo y Gomez.	A.	A.	A.	A.
Marcos Martin y Alonso.	A.	A.	A.	A.
Manuel Perez y Uribe.	No se p. á examen.			
Miguel Herrero y Herrero.	A.	A.	A.	A.
Pablo Foraster y Sanahuja.	A.	A.	A.	A.
Pedro Niño y Arnao.	A.	A.	A.	A.
Patricio Alducin y Muzquiz.	A.	A.	A.	A.
Paulino Yébenes y Rosario.	S.	S.	S.	S.
Pedro Chaves y Gimenez.	A.	A.	A.	A.
Pedro Navarro y Conca.	A.	A.	A.	A.
Polcarpo Hernanz y Herrero.	S.	S.	S.	S.
Pedro Lobato y Lozano.	A.	A.	A.	A.
Pedro Lecuona y Jáuregui.	A.	A.	A.	A.
Ramon de la Iglesia y Rodriguez.	A.	A.	A.	A.
Ramon Rodriguez y Madrilejos.	A.	A.	A.	A.
Ramon Rodriguez y Marcos.	No se p. á examen.			
Ricardo Nieto y Garcia.	A.	A.	A.	A.
Ramon Penna y Rojals.	A.	A.	A.	A.
Santos Alarcon Sanchez y Muñoz.	A.	A.	A.	A.
Saturnino Lerena y Rodriguez.	A.	A.	A.	A.
Tereso Diez Zorita y Martin.	A.	A.	A.	A.
Tomás Lopez y Soba.	A.	A.	A.	A.
Toribio Rodriguez y Navarro.	S.	S.	S.	S.
Tomás Hernandez y Morillas.	A.	A.	A.	A.
Timoteo Rubio y Granados.	A.	A.	A.	A.
Victoriano Cordon y Erce.	A.	A.	A.	A.
Enseñanza Libre.				
D. Angel Ruiz y Serrano.	A.	S.	A.	A.

NOMBRES.	Fisiología general.				NOMBRES.	Fisiología general.			
	Fisiología general.	Fisiología especial.	Higiene general.	Higiene especial.		Farmacología.	Terapéutica.	Patología general.	Patología especial.
D. Andrés Pascasio y Moreno.	A.	A.	A.	A.	D. Antonio Cobos y Castaño.	A.	A.	A.	A.
Antonio García y Nogales.	S.	S.	S.	S.	Antonio Galera y Cisterna.	A.	A.	A.	A.
Antonio Huertas y Barrero.	A.	A.	A.	A.	Andrés Pardo y del Río.	A.	A.	A.	A.
Benito Quintas y Fernandez.	A.	A.	A.	A.	Alejandro Sánchez y Figueroa.	A.	A.	A.	A.
Buenaventura Martín y Arévalo.	A.	A.	A.	A.	Antonio García y Navarro.	A.	A.	A.	A.
Bonifacio Esparza y Arroyo.	A.	A.	A.	A.	Antonio Huerta y Barrero.	S.	S.	S.	S.
Daniel Senabre y Pérez.	S.	S.	S.	S.	Andrés Sánchez y Angulo.	A.	A.	A.	A.
Dionisio Guardiola y Valero.	S.	S.	S.	S.	Antonio Castillo y Orta.	S.	S.	S.	S.
Emilio Blanco y Casero.	A.	A.	A.	A.	Adrian José Rebollo Carranza.	A.	A.	A.	A.
Emeterio Lopez del Amo.	A.	A.	A.	A.	Agapito Mochales y Rincon.	A.	A.	A.	A.
Eduardo Silva y Fernandez.	A.	A.	A.	A.	Adrian Castilforte y Frias.	A.	A.	A.	A.
Eduardo Pajares y García.	A.	A.	A.	A.	Apolinar Gallo y Diez.	S.	S.	S.	S.
Eduardo Lopez y Hermosa.	A.	A.	A.	A.	Antonio Velasco é Iruela.	No se p. á exámen.			
Felipe Trejo y Secos.	A.	A.	A.	A.	Antonio Madrid y Gomez.	A.	A.	A.	A.
Felipe Moreno y Sevilla.	A.	A.	A.	A.	Benito García y Templado.	A.	A.	A.	A.
Francisco Perez y Mena.	A.	A.	A.	A.	Bernabé Lobo y Alvaro.	A.	A.	A.	A.
Francisco Gonzalez y Sanchez.	A.	A.	A.	A.	Braulio García y Carrion.	A.	A.	A.	A.
Francisco Darder y Llimena.	A.	A.	A.	A.	Bernardo Cambroneroy Sampedro.	A.	A.	A.	A.
Fabian Quintero y Lopez.	A.	A.	A.	A.	Camilo Clemente y Vidal.	A.	A.	A.	A.
Francisco Perez y Calvo.	No se p. á exámen.				Cirilo Sanchez y Gonzalez.	A.	A.	A.	A.
Felipe Daimiel y Fernandez.	A.	A.	A.	A.	Celestino Adradas y Sobrino.	S.	S.	S.	S.
Félix Sanchez y Valle.	A.	A.	A.	A.	Cayetano de Bodas y Fernandez.	A.	A.	A.	A.
Felipe Lopez y Valencia.	S.	S.	S.	S.	Eugenio Valero y Asensio.	A.	A.	A.	A.
Gerónimo Asensio y Martinez.	A.	A.	A.	A.	Francisco García y Gonzalez.	A.	A.	A.	A.
Gregorio García y Armada.	A.	A.	A.	A.	Faustino Gutierrez y Peralta.	A.	A.	A.	A.
Isaac Escolano y Palafox.	A.	A.	A.	A.	Francisco Plaza y Sanchez.	A.	A.	A.	A.
Ildefonso Noguera y Cao.	A.	A.	A.	A.	Francisco Paz y Fernandez.	A.	A.	A.	A.
Juan Maurandi y Tortosa.	S.	S.	S.	S.	Francisco Romero y Abas.	A.	A.	A.	A.
Julian Villaseñor y Morales.	S.	S.	S.	S.	Francisco Juez y Uruñuela.	A.	A.	A.	A.
Joaquin Quilez y García.	S.	S.	S.	S.	Francisco Moline y Mestre.	A.	A.	A.	A.
Jesús Ruiz y Verdugo.	A.	A.	A.	A.	Francisco Alvarez Gonzalez.	A.	A.	A.	A.
Juan Cancio y Muñoz.	A.	A.	A.	A.	Felipe Acosta y Galiana.	A.	A.	A.	A.
Juan Ardey y Ruiz.	A.	A.	A.	A.	Felipe Santiago y Cozar.	A.	A.	A.	A.
Juan Herranz y Gimenez.	S.	S.	A.	A.	Francisco Chumillas y Plaza.	A.	A.	A.	A.
Luis Negrete y Pereda.	A.	A.	A.	A.	Félix de la Cruz y Gil.	A.	A.	A.	A.
Lorenzo García y Rodriguez.	A.	A.	A.	A.	Félix Bermejo y Castaño.	A.	A.	A.	A.
Luis Arribas y Ramirez.	A.	A.	A.	A.	Genaro Fernandez y Papió.	A.	A.	A.	A.
Miguel Muñoz y Dana.	A.	A.	A.	A.	Genaro Fernandez y Blanco.	A.	A.	A.	A.
Manuel Eloy y Leon.	A.	A.	A.	A.	Gregorio Lazcano y García.	A.	A.	A.	A.
Marciano Gomez y Fernandez.	S.	S.	S.	S.	Gregorio Clarés y Gomez.	A.	A.	A.	A.
Marceliano Villalobos y Toledano.	A.	A.	A.	A.	Gregorio Borrego y Gimenez.	A.	A.	A.	A.
Nicanor Galvez y Martín Saucedo.	S.	S.	A.	A.	Hipólito Paniagua y Lopez.	A.	A.	A.	A.
Pedro de la Iglesia y Fernandez.	S.	S.	S.	S.	Ignacio García y Rebollo.	A.	A.	A.	A.
Pedro Frades y Borrego.	S.	S.	A.	A.	Justo Redal y del Amo.	A.	A.	A.	A.
Rafael de Lora y Lopez.	A.	A.	A.	A.	José García y Portillo.	A.	A.	A.	A.
Ramon Roman Raposo Perez.	A.	A.	A.	A.	José Hernandez y Cacho.	A.	A.	A.	A.
Ramon Mateos y Marcos.	A.	A.	A.	A.	Julian Blanco y Garrido.	A.	A.	A.	A.
Rafael Moreno y Gonzalez.	A.	A.	A.	A.	José Artiaga y Bargas.	A.	A.	A.	A.
Simon Ibañez y Bilbao.	A.	A.	A.	A.	José María Fernandez y Rodriguez.	A.	A.	A.	A.
Tomás de Tena y Morillo.	No se p. á exámen.				José Rafael Penna y Rojas.	A.	A.	A.	A.
Tomás Alejo y Rebolledo.	A.	A.	A.	A.	Joaquin Ibarra y Sanchez.	A.	A.	A.	A.
Vicente Castilla y Rivas.	A.	A.	A.	A.	Juan Ballester y Cerdo.	A.	A.	A.	A.
Victor Fernandez de la Peña.	S.	S.	A.	A.	José Mercader y Ros.	A.	A.	A.	A.
					José Ruiz y Fernandez.	A.	A.	A.	A.
					Juan Manuel de Tena y Tena.	A.	A.	A.	A.
					Juan Jimenez y Herranz.	A.	A.	A.	A.
					Julian Pescador y Gomez.	A.	A.	A.	A.
					Jaime Soler y Coffi.	A.	A.	A.	A.
					Jaime Rollo y Amela.	S.	S.	S.	S.
					Juan Serrano y Marin.	A.	A.	A.	A.
					José Cibera y Gonzalez.	A.	A.	A.	A.
					Juan Gretilla y Ayala.	A.	A.	A.	A.
					Julian García y Sezo.	A.	A.	A.	A.
					Julian Martín de la Sobera.	A.	A.	A.	A.

(Se continuará.)